

La Guerra de la Independencia a través de los escenarios

Por Premín de Iruña

Hace cincuenta años celebró la patria de Daoiz Velarde y el teniente Ruiz, el primer centenario de la heroica gesta del «2 de Mayo».

Con motivo de tan bélica y detonante rememoración, se multiplicaron los actos patrióticos y se volvió una vez más a sacar y relucir cuanto Goya pintó y dibujó a ese particular respectivo.

Los que más se distinguieron en la celebración de estos actos patrióticos, fueron los colegios y centros de enseñanza, sobre todo los dirigidos por religiosos.

En escenarios improvisados, maestros y catedráticos, —por mediación de sus discípulos más aventajados— hicieron ejecutar y decir al P. Bogiero, a Castaños, Palafox, Agustina de Aragón, Marquesa de Bureta, Tío Jorge... actos heroicos y elocuentes parrafadas de heroica sublimidad.

Nunca en estas veladas dejó de figurar el mocó matriculica, que, elegantemente ataviado con todas las galas que sus babicolgantes progenitores se esmeraron en ponerle—, recitaba con voz enfática y gesto de heroica altivez.

Oigo, Patria, tu aflicción
y escucho el triste concierto
que forman tocando a muerto
la campana y el cañón...

¿Les suenan a ustedes estas décimas?

Yo, en aquella época, era mayorcito, estaba ya dando la puntilla a mis estudios universitarios, así es que no tomé parte en estas lides escolares. Lo que sí hice, fue escribir para una revista extraordinaria, que pretendieron publicar mis compañeros de la Universidad, una «sentidas poesías». El director, sesudo catedrático de Retórica y Poética, después de un ligero vistazo sobre las cuartillas, tuvo la avilantez de arrojarlas, con gesto desdeñoso, a lo más profundo del cesto de los papales de nuestra improvisada redacción. Y eso que eran muy bonitos y bellamente descriptivos.

Recuerdo algunos de los «sonetitos».

Comentando la salida de la reina de Etruria con sus hijos, camino de la frontera, y la del infentito don Francisco, que según la historia lloraba negándose a salir, decía yo en sentida rima:

El infante don Francisco
llora como un basilisco.

Debo aclarar, en descargo de mi conciencia, que en aquel entonces ignoraba yo por completo lo que era un basilisco.

El grito de la vieja, ¡Que nos los llevan, tuvo también su descripción métrica:

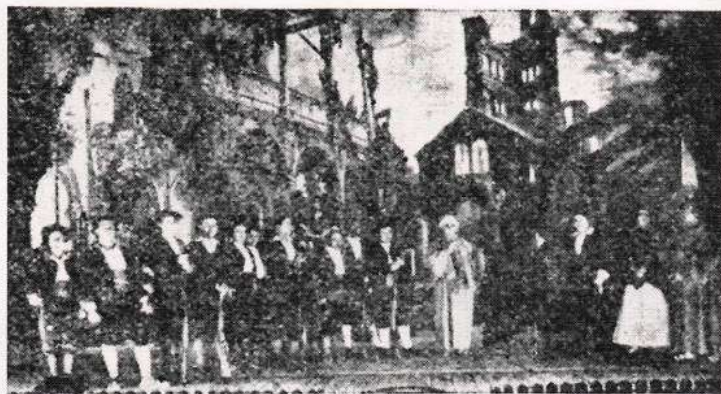
¡Que nos llevan al Infante,
madrileños, adelante!

Las consecuencias de este grito no se hicieron esperar:

Una cerrada descarga
sembró la desgracia amarga.

Cuando los mamelucos salían de su cuartel para asesinar a los patriotas iban diciendo:

Decían los mamelucos,
—Madrileños ser farrucos.



¡Y tan farrucos que estuvieron aquellos heroicos patriotas! Para formarse una aproximada idea no hay nada como contemplar el cuadro de Goya, en el que vemos a majos y chisperos convirtiendo la Puerta del Sol en una salchichería a base de los bandullos y biricas de aquellos majaderos paisanos de Rampsés y Nasser.

La defensa del Parque de Artillería me dio ocasión a este escalofriante diálogo:

A Daoiz dijo Velarde:
—¡Está la cosa que arde!
—¡Muero, le dijo Daoiz,
por la patria ¡soy feliz!

La heroica conducta de Malasaña no pudo tener mejor descripción:

A su hija, Malasaña
dijo: —Muero por España.
Y sucumbe ante el acero
que esgrime un cruel coracero.

¿Y para qué continuar? Así por este estilo era el resto de mi poema heroico. No digo, ni pretendo, que mi elucubración fuera digna de figurar en una antología de Poesía Bélica Hispánica... pero de eso a lanzarla desdeñosamente al fondo de un inmundo cesto papeláceo... ¡Vamos, que no hay derecho!

No solamente los colegios y centros docentes dedicaron sus actividades a enaltecer la memoria de aquellos héroes de la lealtad que fueron de la patria orgullo; «los templos dedicados a Talía» (si no suelto el tópico reviento), supieron, también, honrar dignamente el glorioso Centenario.

Los escenarios todos de España, durante aquel año de 1908 oían a chamusquina; pues no hubo ninguno en que no se cebaran petardos, triquitraques, y mixtos pedorretas para simular bélicas acciones. Recuerdo haber visto una revista en un acto, titulada «Episodios Nacionales», estrenada en el Teatro de la Zarzuela; en ella, los maestros Vives y Lleó no se dejaron en el tintero ni una gama detonante. Y no digamos nada de la zarzuelita titulada «El Reducto del Pilar», estrenada en el Teatro de la Latina. ¡Santo Dios! La de chupinazos, tiros y gritos que pegaban aquellos comparsas disfrazados de baturros. Aquel año las accio-

Una escena de «El Reducto del Pilar». Zarzuela de Diógenes Ferrand.



nes de las Pirotécnicas adquirieron alzas estratosféricas.

Una de las más bonitas y mejor escritas de estas obras, fue la original de Ramos Carrión, con música de Vives, estrenada en el Teatro de la Zarzuela. Se titulaba «Pepe Botella». Su argumento se desarrollaba en un pueblo de Navarra y tenía por base los amores de la hija del Corregidor (cargo que jamás existió en Navarra), muy afrancesado, y Marcial, valiente guerrillero, que al frente de su partida integrada de unos coristas de ambos sexos ataviados de aldeanos navarros (?), realizaba actos heroicos al par que, en sentidos gorgoritos, exteriorizaba ante el sensible público los castos amores torturadores de su corazón.

Ya en 1813 y siguientes, estuvieron muy de moda las escenas evocativas de la epopeya de la Independencia. Entre ellas destacó una estrenada el 1.º de julio de 1813, en el Teatro de la Cruz, titulada «Mina en Arlabá». Se estrenó a beneficio de uno de los mejores barbas de la escena española llamado Rafael Pérez, valiente soldado que fue durante la Guerra en 1792 contra la Convención francesa.

Más tarde se representó otra de la que dice Cotorelo y Mori:

«El Patriotismo o los Héroes de Mina».—Poema trágico del ciudadano D. A. M. P. — Alicante. Imprenta de España, año 1813. 8.º 40 páginas. En tres actos, en verso endecasílabo. Varios vecinos de un pueblo navarro y dos mujeres, resisten solos el ataque de los franceses. Viendo imposible la defensa, ellos mueren en la plaza y ellas vuelan la casa con barriles de pólvora en el momento en que entran los franceses.»

Otra obra, también desarrollada en Navarra, fue la titulada «La Derrota de Soult en los campos de Pamplona». Se estrenó el 13 de septiembre de 1813. Su representación ocasionó una polémica agria y agresiva en el «Diario de Madrid». Apareció en esta revista en 13 de septiembre, el siguiente escrito, sin firma de autor:

«Señor Diarista: La noche del 20 del pasado fui al Teatro de la Cruz a ver una pieza titulada «La Derrota de Soult en los campos de Pamplona». No pude menos de abrir el alma a la indignación y al desprecio respecto de su autor. Este Zoilo indecente y despreciable, quiso imitar, aunque dista mucho de ello, al joven autor (don Francisco Garnier González) de «Los Arapiles», cuyo drama ha sido representado a gusto del público, ya por la armonía robusta y filosofía de los versos, ya que el célebre Máiquez quiso decorarle.»

Sigue poniendo de vuelta y media al «Zoilo» en cuestión, tachando su versificación de «bártara, «piosa, monstruosa», aconsejándole que vuelga a lira.

El interpelado, picadico, como es natural, contestó en el mismo «Diario», llamado a su antagonista «pedante, ridículo, tonto, necio y fatuo».

Las polémicas así daban gusto y hacían rezumar de satisfacción a los lectores, y no como las actuales, en las que los contrincantes jamás se desprenden de los guantes blancos. ¡Al pan, pan; y al vino, vino!

También por aquella época se estreno «El Triunfo mayor de España en los campos de Vitoria, ó la fuga del Rey José y prisión de afrancesados.»

Está célebre batalla, en la que el águila napoleónica, después de haber sido lidiada en diferentes cosas españolas recibió la puntilla final (en realidad esta puntilla la recibió en Sorrauren), sirvió de inspiración a un «musiquillo» para escribir un poema descriptivo, titulado «La Victoria de Wellington o la Batalla de Vitoria».

El nombre de su autor creo que sonará «fuertemente» en los oídos de ustedes; se llamaba Luis van Beethoven.

Copio a continuación lo que sobre este particular escribió don José Subirá en la «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo de Madrid» del 1.º de enero de 1924:

«...esta composición instrumental de Beethoven consta de dos partes. La primera lleva el título de «La Batalla» y la segunda se rotula «Sinfonía de la Victoria». Comienza la primera con el «Rule Britannia» que anuncia el ejército inglés; expone después el «Mariborough s'en va-t-en Guerre» (es decir, la melodía que en su trasplante español se conoce con el nombre de «Mambrú se fue a la Guerra»), para anunciar al ejército francés y describe más tarde la lucha mediante la repetición de un mismo motivo. La segunda parte presenta el himno inglés «Good save the King». Bien pronto transcribió el mismo Beethoven su obra para orquesta, añadiendo cañonazos, descargas de mosquetería y otros ruidos apropiados a la situación.»

Sigue el autor haciendo varias consideraciones sobre esta «petarrade» musical, y termina su interesante escrito haciendo resaltar:

«Para nosotros, los españoles, no deja de ser isonjero que, habiéndose dado tantas batallas por Napoleón, fuera precisamente una dada en hispano suelo la que ocupase la atención del más grande músico entonces existente, aún sin contar el hecho de que la iniciativa no partió de él, sino de Maeizel.»

Esperamos no ver terminado el año de este «cientocincuentenario» sin presenciar algún acto «lusivo» a tan patriótica epopeya.

Yo, cuando menos, pienso dedicar a nuestro querido director, el día de su santo, por Radio Requeté, el bonito y marcial disco de «Los Sitios de Zaragoza».